

## **LAS SEPULTURAS DE LA CUEVA DE LOS CANES (ASTURIAS) Y LA NEOLITIZACION DE LA REGION CANTABRICA**

POR

PABLO ARIAS CABAL (\*)  
CARLOS PEREZ SUAREZ (\*\*)

**RESUMEN** Se describen los enterramientos prehistóricos de la cueva de Los Canes (Asturias), correspondientes a una facies del Neolítico inicial de la región cantábrica estrechamente relacionada con el Epipaleolítico tardío local. Así mismo se valora su relevancia para el estudio de la neolitización de dicha zona de la Península Ibérica.

**ABSTRACT** Two prehistoric burials (classified in an Early Neolithic narrowly related with local Late Mesolithic) from Cueva de Los Canes (Asturias, Spain) are described. Their relevance for the study of the processes of neolithization in the northern coastal region of Spain is also discussed.

**Palabras clave** Neolítico. Neolitización. Enterramientos prehistóricos. Región Cantábrica.

### **1. INTRODUCCION**

El propósito de este artículo es exponer brevemente algunas aportaciones de las excavaciones de los últimos años en la cueva de Los Canes (Arangas, Cabrales, Asturias) al estudio de los orígenes de la economía productora en la región cantábrica.

Los Canes es una pequeña cueva situada en medio de una escarpada ladera en la vertiente meridional de la Sierra de Cuera (S. E. de Asturias) (Fig. 1). Pese a no estar a una gran altura sobre el nivel del mar (unos 300 m.), el carácter tremendamente abrupto de la región justifica sobradamente el considerarlo un verdadero yacimiento de montaña. Su emplazamiento es de un valor

---

(\*) Dpto. de Ciencias Históricas (Área de Prehistoria). Universidad de Cantabria. 39071 Santander.

(\*\*) C/Joaquín Manzanares, 4, 2º A; 33011 Oviedo.

estratégico considerable, controlándose desde la cueva uno de los pocos valles que unen un surco elevado situado en la vertiente meridional de la Sierra de Cuera con el fondo del valle del río Cares.

La existencia de vestigios prehistóricos en Los Canes fue detectada por D. Gregorio Gil Álvarez, quien hacia 1973 descubrió grabados supuestamente paleolíticos en la galería del final de la cavidad (Arias, Gil, Martínez y Pérez, 1981). En 1980, mientras estudiábamos los grabados, advertimos la presencia de restos de industria y fauna holocénica en el vestíbulo de la cueva. Por ello, en 1985 se realizó un sondeo en Los Canes, dentro de un programa de exploración de la Depresión Prelitoral del Oriente de Asturias encaminado a la localización de niveles epipaleolíticos, neolíticos y calcolíticos (Arias y Pérez, 1990). La localización en esos trabajos del borde de una sepultura prehistórica exigió el inicio de un proyecto de excavación sistemática del vestíbulo de la cueva que está aún en marcha (1) (Arias y Pérez, 1990, en prensa a-c, Roselló, en prensa).



FIG. 1.— Localización de la cueva de Los Canes en la Península Ibérica.

(1) La puesta en práctica de este proyecto de investigación no habría sido posible sin la generosa colaboración de los licenciados y estudiantes de las Universidades de Cantabria, Deusto, Oviedo y Complutense que han participado en los trabajos de campo. Para este artículo hemos de reconocer muy particularmente la aportación de D. Luis C. Teira Mayolini, del Dpto. de Ciencias Históricas de la Universidad de Cantabria, a quien se deben las figuras 3 y 6, y D. Roberto Ontañón Peredo, del Centro Nacional de Investigaciones Arqueológicas Submarinas de Cartagena, que realizó las figuras 2 y 4. Tampoco podemos olvidar la hospitalaria acogida de todo el pueblo de Arangas, y muy especialmente de su alcaldesa de barrio, D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Avelina Sánchez Santos.



Las investigaciones efectuadas hasta ahora han permitido constatar la existencia en Los Canes de un depósito muy complejo. Las fases más antiguas de ocupación humana corresponden a niveles datables probablemente en el Tardiglacial o inicios del Holoceno (estratos 6, 7 y 8), cubiertos por una potente costra estalagmítica. Tras una larga interrupción en el uso de la cueva se abrieron en esos estratos paleolíticos o azilienses al menos cinco fosas prehistóricas (estructuras I-V). Al finalizar la campaña de 1989 se había terminado la excavación de las tres fosas más recientes, de las que una de ellas (IV) era un simple hoyo relleno de restos líticos y óseos, piedras y tierra y las otras dos (I y II) eran sepulturas.

En este artículo nos centraremos en la descripción y valoración de las dos tumbas excavadas (estructuras I y II), cuyo contenido arqueológico permite albergar esperanzas de que contribuyan a esclarecer algunos de los problemas implicados en el estudio de la neolitización de la región cantábrica.

## 2. LA DOCUMENTACION. LOS ENTERRAMIENTOS I Y II DE LA CUEVA DE LOS CANES

### 2.1. Estratigrafía (2)

El lugar ocupado por los enterramientos, el vestíbulo exterior de la cueva, es una angosta sala de unos 7 m. de longitud por 2 m. de anchura y poco más de 1,5 m. de altura, abierta aproximadamente hacia el ESE (Fig. 2). Debido a su estrechez, ambas estructuras ocupaban toda la anchura de la galería en sus tramos respectivos, pudiéndose observar dos secuencias estratigráficas.

En la zona de la entrada, sobre un estrato estéril arqueológicamente (10, formado por tierra de color pardo claro, con grandes bloques de caliza) se situaba en algunos lugares otro nivel estéril similar sin apenas piedras (9) y en otros una capa arcillosa de color marrón con industrias aún no caracterizadas (6).

En este conjunto de estratos se habían abierto dos cubetas, una rellena por tierra muy suelta, arenosa, de un color que variaba del marrón oscuro al ocre, con escasos restos de fauna e industria prehistóricas (estrato E), y otra más reciente que corresponde a la estructura II. En el relleno de dicha estructura se distinguieron cuatro capas con un perfil de fondo de saco. Las tres superiores (A-C) presentaban una matriz de tierra de color pardo claro, siendo la de la inferior (D) algo más oscura y bastante más compacta. La capa superior (A) (hasta 30 cm. de potencia) presentaba abundantes cantos angulosos de caliza de pequeño tamaño. La siguiente (B) (10-20 cm. de espesor) incluía bloques de caliza de mayor tamaño. Por su parte, C (15-20 cm.) y D (hasta 30 cm.) apenas contenían piedras. Todas las capas del relleno de la estructura II eran ricas en restos faunísticos e industriales, dispuestos anárquicamente, salvo el fondo de la capa D, inmediatamente encima de los huesos humanos, donde la densidad de indicios arqueológicos era mucho menor y los presentes parecían haber sido colocados intencionalmente.

En la zona central del vestíbulo (cuadros E1, E2, F1 y F2) (Fig. 3) la base de la estratigrafía la constituían el estrato 10 y un nivel muy suelto de tierra gris oscura-negra, con abundantes cantos

(2) Como se podrá advertir a lo largo de este apartado, la denominación de los estratos no establece una relación plenamente satisfactoria entre el orden numérico o alfabético y la cronología. La razón de ello es que el nombre de los estratos se ha ido estableciendo según avanzaba la excavación y la realidad de la historia de la ocupación de la cueva ha sido más complicada de lo que se podía prever. La diferencia entre unos estratos a los que se les nombra con letras y otros con números permite distinguir las ocupaciones posteriores y anteriores a la costra estalagmítica que marca el final de la ocupación de la cueva en el Tardiglacial-Holoceno Antiguo y sobre la que se abren las estructuras postazilienses. Obviamente, es necesario reorganizar la denominación de los estratos de Los Canes, pero creemos que lo más prudente será esperar a la finalización de los trabajos de campo para no crear más confusión.

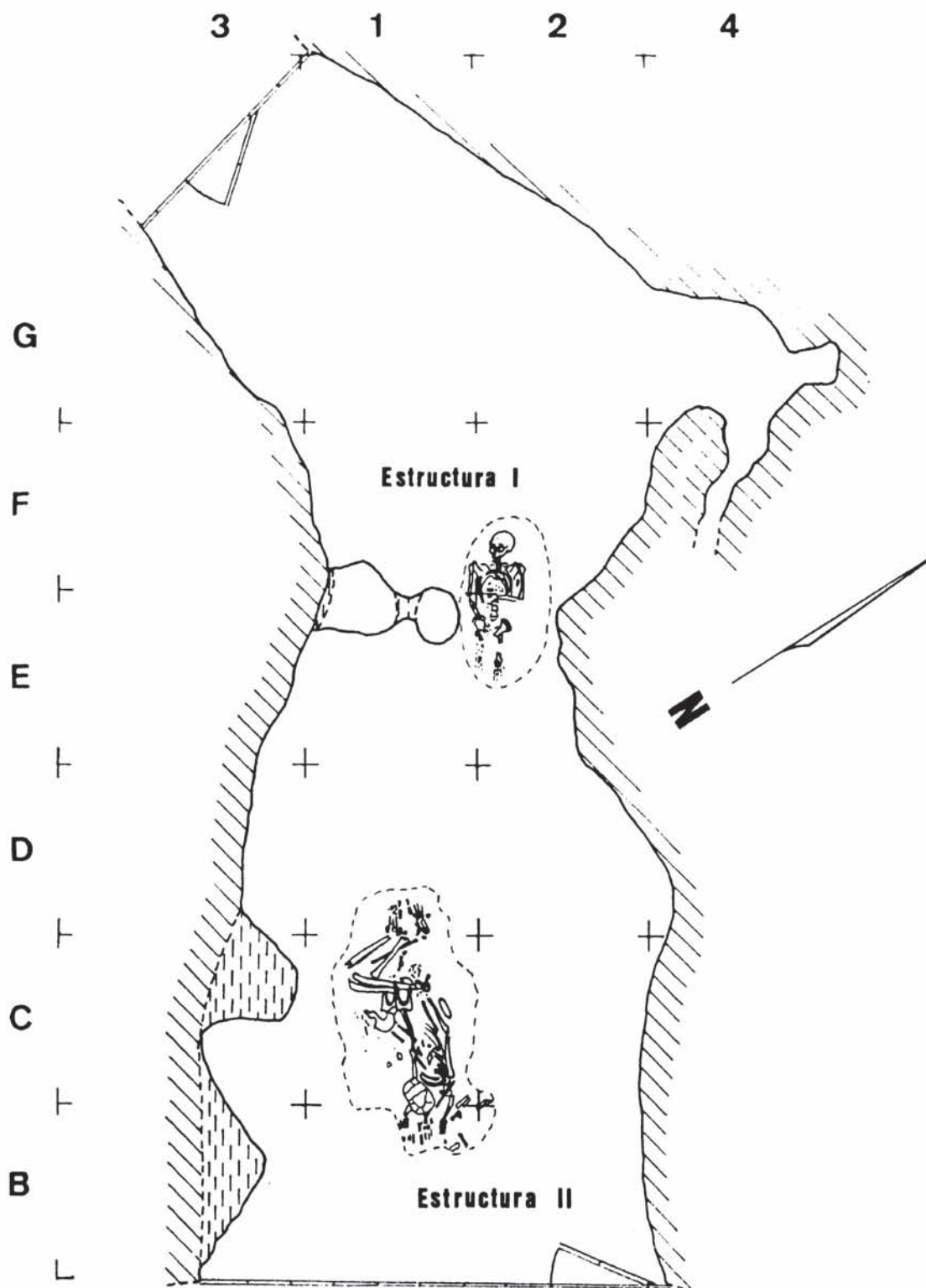


FIG. 2.— Vestíbulo de la cueva de Canes con indicación de la localización del fondo de las estructuras I y II.



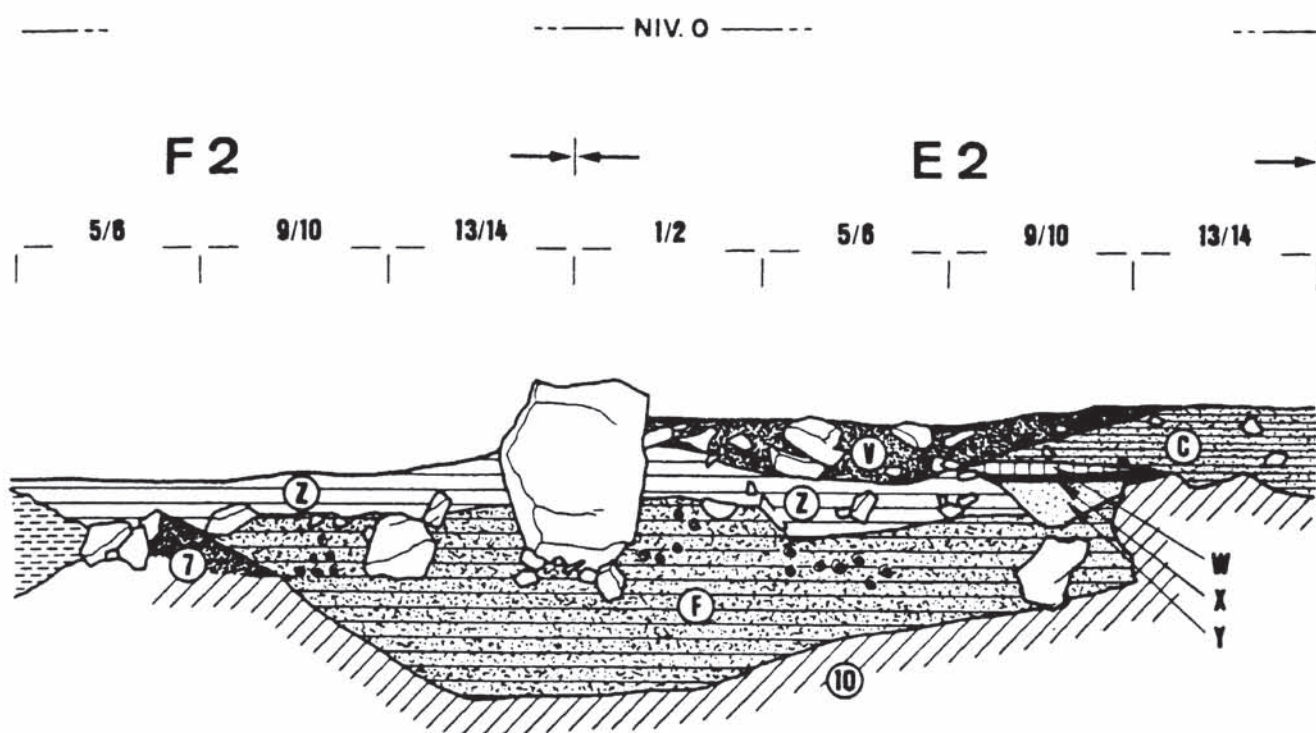


FIG. 3.— Sección estratigráfica longitudinal de la estructura I de la cueva de Los Canes.

angulosos e industria y fauna prehistóricas, datable probablemente en el Tardiglacial (7). Sobre este estrato se conservaban restos de una costra estalagmítica de unos 15 cm. de potencia. Este conjunto había sido excavado por varias fosas (Arias y Pérez, en prensa-c), cuyos rellenos, de más antiguo a más moderno, eran los estratos I (tierra de color marrón claro, bastante compacta, con numerosas piedras de tamaño moderado), G (pequeño testigo de una capa de tierra de color gris ceniciento, muy suelta, con cantitos angulosos), y F. Este último era el resto conservado de la estructura I. Se trataba de una capa de tierra muy suelta, de color grisáceo oscuro, rica en cantitos angulosos y en caracoles de tierra. En su fondo apareció un esqueleto humano. Rellenaba el fondo de una cubeta abierta en su extremidad N.O. en la costra estalagmítica y el estrato 7 y en la S.O. en niveles holocénicos (G e I) que en su mayor parte alcanzaba el estrato 10. Su potencia máxima era de unos 30 cm.

Sobre el estrato F se distinguieron una serie de capas, interpretadas como rellenos antrópicos posteriores. De más antigua a más moderna: Z (arcillosa, de color ocre claro, bastante compacta y con algunas piedras de pequeño tamaño; 2-10 cm, de potencia), Y (arena muy fina de color gris oscuro; 7-8 cm.), X (arenosa de color pardo oscuro; 1-2 cm.), W (arenosa de color gris claro; hasta 3 cm.), C (la misma de la estructura II) y V (nivel muy heterogéneo en color y textura, con abundantes cantos de caliza y fragmentos de concreción estalagmítica. Rellena una pequeña cubeta de unos 8 cm. de profundidad abierta en los estratos Z, X, W y C).

El estudio de la disposición de las capas descritas parece indicar la existencia de varias fases de erosión y relleno, probablemente antrópicas. A una primera fase de arrasamiento de la estructura I le habría seguido la deposición del estrato Z. Por su parte, la serie Y-W rellenaría una cubeta abierta en los estratos anteriores y habría sido erosionada a su vez antes de la deposición de la capa C. V, por último, constituiría el relleno de una pequeña oquedad abierta en C.



Esta secuencia parece resolver la relación estratigráfica entre las dos estructuras. La superposición del estrato C a las capas que cubren la destrucción de la parte superior del F asegura la posterioridad de la estructura II con respecto a la I.

A partir de las secuencias estratigráficas descritas se puede defender la siguiente sucesión de hechos en la utilización prehistórica de la cueva. Comenzaría por una primera fase de ocupación (¿habitat?), datable en el Tardiglacial o los comienzos del Holoceno, en la que se deposita un conjunto de niveles en el vestíbulo de la cueva. Posteriormente, tales niveles son sellados por una costra estalagmítica. En una segunda fase de la actividad humana se abren sucesivos hoyos, de los cuales los dos más recientes (I y II) son sepulturas individuales. Su apertura remueve totalmente el relleno de la zona central, quedando de la costra estalagmítica y de los niveles anteriores únicamente pequeños testigos pegados a las paredes. La estructura I se abre en otras estructuras holocénicas más antiguas y en la parte reciente de la secuencia tardiglacial. Posteriormente es arrasada en su parte superior. Más tarde se abre una tumba de mayores dimensiones (II) que corta los niveles que cubren la zona intacta de la tumba I. En el relleno de esta nueva sepultura se incluyen restos de costra estalagmítica, industria y huesos humanos procedentes de la destrucción de los niveles anteriores.

## 2.2. La estructura I (Lám. I)

La más antigua de las dos tumbas excavadas se situaba cerca del centro del vestíbulo, en un lugar en que un gran bloque unido a la pared por una costra estalagmítica estrecha considerablemente la cueva (cuadros E1, E2, F1 y F2). Toda la parte superior de la estructura se había perdido, conservándose únicamente el fondo de la misma (estrato F). Sus dimensiones eran muy reducidas. Era un agujero de unos  $108 \times 50$  cm. en el fondo, encajado entre el gran bloque unido a la pared meridional de la cueva y la pared septentrional. Su orientación era sureste-noroeste, aproximadamente, siendo paralelo el eje alargado de la tumba al de la propia caverna. No había ningún indicio de más acondicionamiento que la propia apertura del hoyo.

El cadáver, correspondiente a un individuo de sexo femenino y talla muy reducida (Garraleta, comunicación verbal), había sido depositado en decúbito supino. La posición de los pies, posados de plano junto a las caderas (el talón izquierdo fue hallado a 6 cm. de la cabeza del fémur y el derecho pegado a ella), permitía inferir que las piernas, de cuyos huesos sólo se conservaban las cabezas de ambos fémures, habían estado flexionadas, con las rodillas a un nivel superior al del resto del cuerpo. Como hemos señalado en otro lugar (Arias y Pérez, en prensa-a), es muy probable que la desaparición de fémures, tibias y peronés se deba a la destrucción de la parte superior del relleno de la tumba por los ocupantes prehistóricos responsables de la deposición del estrato Z.

El resto del esqueleto se encontró en conexión anatómica y en buen estado de conservación, excepto unos pocos huesecillos de los pies, perdidos, algún hueso poco resistente que se descompuso o se fragmentó demasiado para ser reconocido en una primera inspección (esternón) y algunas de las vértebras, deshechas por una pequeña madriguera que atravesaba oblicuamente la tumba desde el hombro izquierdo a la parte derecha de la pelvis del cadáver.

El cráneo estaba ligeramente incorporado y ladeado hacia su derecha, de manera que cubría las primeras vértebras. Los brazos estaban extendidos a lo largo del cuerpo. El codo derecho se flexionaba ligeramente para dejar la mano sobre la cadera (los huesos de esta mano fueron removidos por la acción de raíces), mientras el antebrazo izquierdo cruzaba el vientre, habiendo estado la mano izquierda (cuyos huesos estaba algo dispersos a causas de las raíces y de la madriguera que citábamos más arriba) posada sobre el antebrazo derecho, por encima de la cadera.

Junto al cadáver se localizaron algunos restos que podrían ser considerados un depósito intencional, máxime si tenemos en cuenta la pobreza arqueológica del nivel F: una escápula de ciervo,



colocada casi verticalmente junto al pie derecho, apoyada en el gran bloque unido a la pared, una costilla de ungulado, hallada encima del hombro izquierdo, y tres caninos de ciervo perforados, pegados al lado exterior del pie izquierdo. No se ha encontrado en el relleno de la sepultura ningún otro útil óseo, ni cerámica, ni más industria lítica que restos de talla.

El rasgo más destacado del relleno de la tumba (nivel F) era la extraordinaria abundancia de caracoles de tierra (en su mayoría *Cepaea nemoralis*), llegando a ser en algunos puntos un verdadero conchero. No parece que estuviera organizado internamente, pues se observó un número considerable de piezas planas o alargadas situadas de canto en varias direcciones, así como abundantes fragmentos de costra estalagmítica rota, todo lo cual sugiere un amontonamiento rápido de tierra y piedras sobre el esqueleto.

La gran riqueza en restos malacológicos de la tumba I es uno de los rasgos más interesantes del registro arqueológico de la cueva de Los Canes. En nuestra opinión, está claro su carácter intencional. En el caso de las conchas marinas es evidente que fueron traídas de lejos al yacimiento. En el de los caracoles de tierra parece probable que hayan sido depositados por el hombre. Diversos autores han puesto de relieve que muchas concentraciones de estos moluscos en yacimientos arqueológicos se pueden deber a procesos naturales de acumulación (Barandiarán, 1947; Guilaine, 1979; André, 1979 y Barandiarán Maestu, 1983). Pero dichos procesos precisan la existencia de fases de abandono del yacimiento, en las que los caracoles puedan entrar masivamente y quedar enterrados sin que el pisoteo los destruya. Nada de eso es compatible con lo que sabemos del nivel F. Según hemos visto, este estrato parece ser producto del relleno artificial de una fosa en un tiempo de unos minutos o como máximo unas horas. La única manera coherente de explicar la presencia de los caracoles como ajena a la voluntad humana sería apelando a una hipotética gran densidad en el lugar de origen de la tierra, lo que tampoco es verosímil, ya que toda o la mayor parte de la tierra del nivel F parece proceder de la propia cueva —como indican los fragmentos de costra estalagmítica— y ningún nivel de Los Canes es tan rico en conchas. Todo ello al margen de que incluso así sería difícil justificar su conservación enteros después del proceso de cavado, transporte y deposición de la tierra.

Por tanto, creemos que es posible que la extraordinaria riqueza en moluscos del nivel F se deba a una acción deliberada de los constructores de la estructura, relacionada sin duda con su carácter funerario.

## 2.3. La estructura II

### 2.3.1. Descripción e interpretación del enterramiento

La tumba II es una fosa de planta ovalada que mide en el fondo 1,6 m. × 0,75 m. Se sitúa junto a la boca de la cueva (cuadros B1, C1, D1, B2 y C2). Es un profundo hoyo (85 cm. en lo que se ha conservado) excavado en los niveles estériles de su entrada (9 y 10) y parte de la secuencia tardiglacial. En algunos sectores del borde de la fosa había una serie de bloques de caliza aparentemente colocados. El relleno estaba compuesto por cuatro capas bien diferenciadas (A-D), según hemos descrito en el apartado 2.1. del presente trabajo.

Conviene recordar, por su gran interés para la interpretación del ajuar de la sepultura, la brusca disminución de la densidad de restos líticos y óseos del nivel D al llegar a los restos humanos. Estos descansaban en una tierra prácticamente libre de más indicios arqueológicos que colgantes y ciertos restos de fauna e industria muy destacados que comentaremos más adelante. Hemos de señalar, asimismo, que las piezas industriales y faunísticas de la parte de D por encima de la osamenta humana aparecían orientadas en planos diversos, con un buen porcentaje de ellas hincadas vertical u oblicuamente. Parece esto más propio de materiales caídos accidentalmente en la fosa o arrastrados con la tierra con que se la tapó que de un depósito intencional.

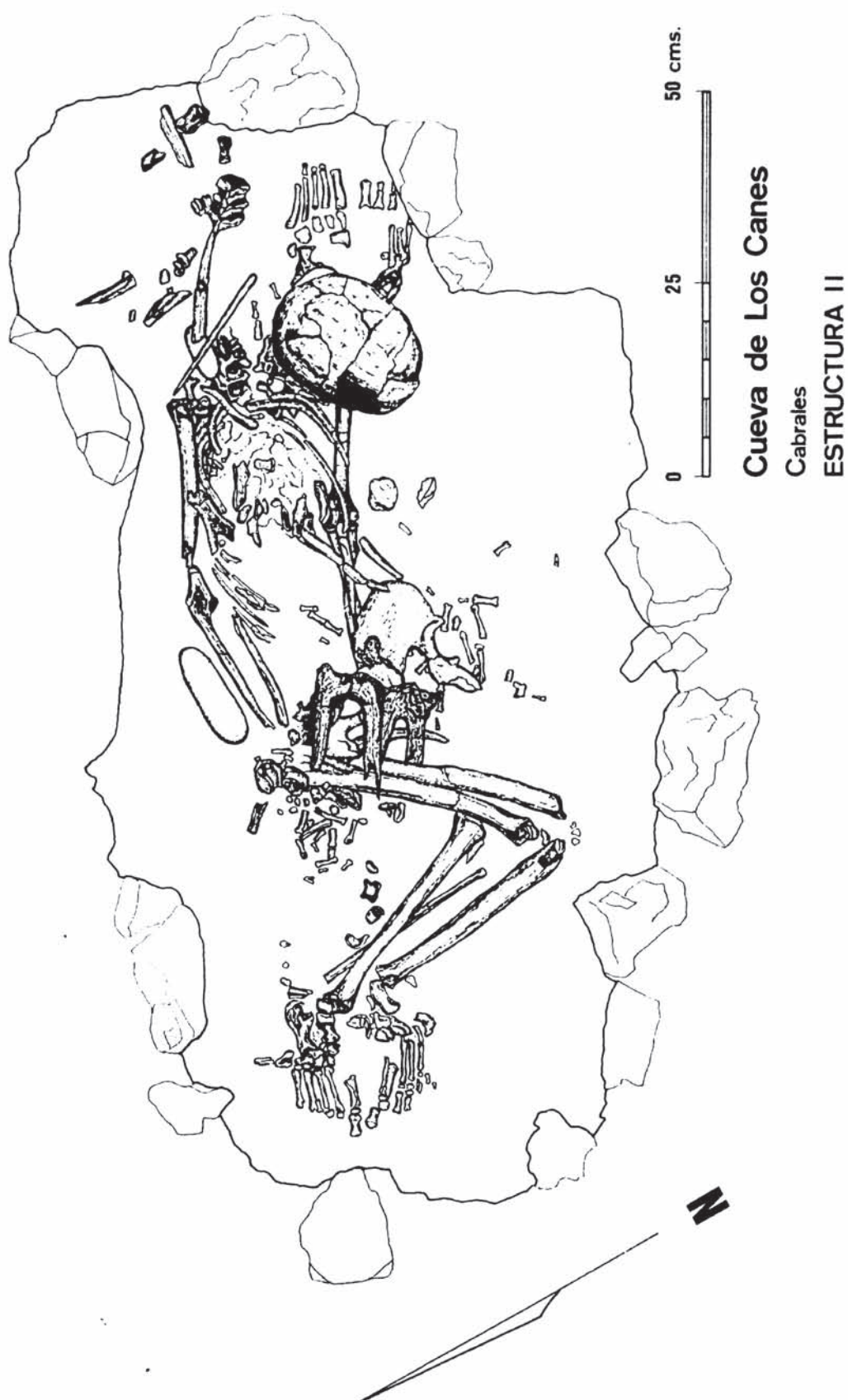


FIG. 4.— Fondo de la estructura II de la cueva de Los Canes.



En el fondo del hoyo se hallaba depositado un esqueleto casi completo y una pequeña parte de otro (Fig. 4). Los huesos del primero estaban en su mayoría en su posición anatómica. El cuerpo estaba tumbado en la dirección del eje más largo de la tumba (aproximadamente S.E.-N.O.), con la cabeza en la parte suroriental. Su posición era ligeramente lateral, apoyada sobre el hombro izquierdo, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y las piernas flexionadas.

Tres partes del esqueleto estaban desplazadas de su posición anatómica:

- El cráneo —al que le faltaba la cara y estaba roto, comprimido lateralmente por un gran bloque de unos 60 cm. de longitud, que le había golpeado directamente— estaba situado unos 10 cm. a la izquierda de las vértebras cervicales.
- Las vértebras dorsales y lumbares no estaban en su lugar, apareciendo detrás de la cabeza un grupo de vértebras en conexión anatómica que podrían proceder de ese sector de la columna vertebral.
- Las caderas, con el fémur derecho aún en conexión, estaban giradas en sentido inverso al de las agujas de un reloj, con la parte inferior mirando hacia el suroeste.

Además de esto, gran parte de las costillas y de las vértebras dorsales estaban aplastadas por el bloque que quebró el cráneo.

Asimismo, los huesos de las manos estaban desordenados, aunque se recogieron casi todos en la misma zona.

Por último, hemos de reseñar la aparición de un buen número de piezas dentarias delante del cráneo.

Uno de los datos más notables que ha proporcionado la excavación de esta tumba ha sido la evidencia del enterramiento de restos de otro individuo en esta misma estructura. Entre el cráneo de la sepultura que acabamos de describir y el extremo oriental de la fosa se descubrieron dos pies, orientados en la misma dirección pero sentido inverso que el esqueleto completo. Podría tener relación con este hallazgo la localización de varios dientes por debajo de los pies del primer individuo.

Señalemos también que a 4 cm. del húmero izquierdo del esqueleto más completo apareció una rótula, para cuya atribución a un individuo u otro habrá que esperar la finalización del estudio antropológico en curso.

La distinción precisa entre el ajuar y las piezas caídas accidentalmente o arrastradas con la tierra es muy difícil en la mayor parte de la estructura II. Tal como señalábamos más arriba, parece poco probable que la mayor parte de los restos localizados en el relleno de la tumba, y aun en el estrato D, formaran parte de un verdadero depósito intencional. No obstante, hay una serie de piezas que se separan del resto, tanto por su excepcionalidad tipológica como por su localización, y que, por ello, es verosímil que sean parte del ajuar:

- Dos testuces de cabra, localizadas sobre el fémur izquierdo.
- Un conjunto formado por un punzón en hueso muy largo, un bastón perforado con orificio oval (figura 6 y lámina II) y un canto rodado, hallados detrás del cráneo.
- Un canto rodado de forma oval de 15 cm. de longitud, aparecido a la derecha del antebrazo derecho.
- Un conjunto de conchas perforadas —*Trivia europaea* y un ejemplar muy pequeño de *Littorina obtusata*— recogido en torno al cráneo.
- Un incisivo de ciervo perforado hallado junto al talón derecho del esqueleto completo.
- Una concha perforada de *Cyprina islandica* (Imaz, comunicación verbal) pegada de occipital.



Asimismo se ha de hacer notar la presencia de algunos ejemplares de los géneros *Cepaea* y *Patella* entre los huesos, aunque su carácter de ajuar no es tan seguro como el de los anteriores, pues eran bastante frecuentes en todo el nivel D. No obstante, como al nivel del esqueleto prácticamente desaparecían las lascas y huesos de animales, cabe pensar que la aparición de las conchas junto a los restos humanos podría no ser casual.

La disposición de los huesos humanos en la tumba deja abiertos dos problemas de difícil resolución:

- el sentido de la presencia de restos de más de un individuo.
- la descolocación de parte del esqueleto completo.

Ante el primer problema caben al menos tres vías de explicación:

1. La estructura II sería un sepulcro colectivo en el que se habrían depositado restos de varios individuos enterrados previamente en otro lugar.
2. La tumba habría sido reutilizada y los pies del lado oriental y los dientes del occidental procederían de un individuo sepultado anteriormente, cuyos restos habrían sido extraídos para enterrar otro cadáver. Su conservación en la tumba se debería al pequeño tamaño de los dientes y a la posición inmediata al borde de la fosa de los pies, que había facilitado el que quedaran tapados en caso de no vaciarse completamente el relleno de la sepultura antigua.
3. Los restos distintos del esqueleto completo formarían parte de una ofrenda.

La primera hipótesis tiene a su favor el relativo desorden del esqueleto principal. Sin embargo parece poco probable, pues no nos hallamos ante un conjunto de restos variados de diversos individuos, sino ante un cuerpo completo y partes mínimas de otro. Además, los huesos de los pies aislados están en conexión anatómica, lo que implica que fueron enterrados antes de la descomposición de los ligamentos. Señalemos, por último, que sólo han aparecido los huesos habituales en enterramientos colectivos secundarios (cráneos, huesos largos) para el esqueleto completo y que los hallados además de él, los huesecillos de los pies, están precisamente entre las partes anatómicas peor representadas en tal tipo de sepulturas.

La hipótesis segunda, por el contrario, es bastante coherente con la información disponible. Parece evidente que el enterramiento de la estructura II de Los Canes no es una tumba colectiva, sino una individual en la que hay algunos restos de otro cadáver. La posición de los pies y los dientes abonan la suposición de que estos últimos proceden de otro enterramiento individual anterior. Por otra parte, la práctica de extraer restos ya descompuestos para abrir nuevas tumbas podría estar confirmada por la aparición de huesos humanos aislados en el relleno de la propia tumba II y en los de la estructura I y anteriores.

La tercera hipótesis es imposible de verificar mientras no existan paralelos de una práctica de ese tipo. Tampoco es refutable, pero parece más compleja y por tanto menos verosímil que la segunda, que al menos tiene la ventaja de referirse únicamente a procesos bastante simples y comunes a los usos funerarios de cualquier época.

La cuestión del desorden del esqueleto completo es más difícil de solucionar. Las explicaciones más evidentes podrían ser:

- Carácter secundario del enterramiento: el cadáver habría sido sepultado en estado de semidescomposición, con lo que al arrojarlo en la tumba y someterlo a las presiones del relleno de la misma se habrían descolocado algunas partes.
- Remoción parcial por animales cavadores de madrigueras: los huesos habrían sido descolocados por la apertura de madrigueras en la tierra removida de la tumba. Posteriormente las galerías se habrían rellenado de la misma tierra del nivel D y se habrían hecho indistinguibles del mismo.



— Reapertura de la tumba por grupos humanos. La sepultura podría haber sido reexcavada para depositar otro cadáver o con otro fin, interrumpiéndose dicho trabajo al encontrarse unos restos humanos (¿en descomposición?) y tapándose inmediatamente de nuevo el sepulcro, lo que no habría impedido la remoción parcial de la parte central del esqueleto, que sería la primera en ser alcanzada por la excavación.

La primera hipótesis no es contradictoria con los datos disponibles, aunque la organización del esqueleto es poco habitual para un enterramiento secundario, en los que los huesos suelen estar mucho más desordenados. Habría que pensar, por tanto, en el depósito de unos restos cuyas partes blandas estarían sólo parcialmente descompuestas, y quizá envueltos para su traslado en un tejido o en un féretro, única manera de garantizar que unos restos lo bastante deteriorados como para quedar en la posición en que los encontramos pudieran ser movidos sin destruirse.

La segunda hipótesis resulta la más improbable. Tendrían que ser enormes las galerías para permitir la remoción de la pelvis. Además, los destrozos de los animales suelen consistir más bien en destrucción de huesos que en su traslado, máxime cuando nos referimos a partes tan frágiles como vértebras y caderas.

La tercera, por último, es compatible con los datos observados, aunque debemos señalar que no resulta muy verosímil que la apertura de un hoyo con herramienta pesada dé lugar únicamente a una descolocación de los huesos en vez de a su rotura. Por otra parte el relleno de la estructura II estaba cuidadosamente organizado en capas de distinto carácter, lo que no parece excesivamente coherente con la hipótesis de una cubrición apresurada por parte de unos excavadores sorprendidos por la aparición de un cadáver.

Por consiguiente, ninguna de las tres hipótesis es rechazable totalmente, aunque la que plantea menos dificultades es la primera, por lo que la consideraremos la más probable.

### 2.3.2. *Las industrias de la estructura II*

Las industrias recogidas en la estructura II plantean serios problemas para su interpretación. La disposición desordenada de la mayor parte de ellas hace pensar que no son piezas depositadas intencionadamente, sino arrojadas en la fosa con la tierra que cubría el esqueleto. La evidencia de que la estructura II debió de abrirse en los estratos tardiglaciales de la cueva o en estructuras más tardías abiertas en ellos nos indica que parte de esas industrias podría ser mucho más antigua que dicha estructura. Ello se vería confirmado por el estilo claramente paleolítico de muchas de las piezas y por la aparición junto a ellas de restos de micromamíferos extinguidos antes del Würm IV (Pemán, comunicación verbal). Por consiguiente, parece que la tierra con que se cubrió el cadáver principal de la estructura II procedía de la misma cueva y que con ella cayeron en la tumba numerosas piezas paleolíticas o epipaleolíticas, además de algunas otras contemporáneas o no muy alejadas en el tiempo de la misma. Por ello, sólo podremos considerar piezas de cronología segura y constitutivas de un ajuar las pocas que aparecieron claramente asociadas al esqueleto en el fondo de la tumba. Las demás deberán ser valoradas con precauciones, concediendo más atención a piezas como los microlitos geométricos, los microburiles o las cerámicas —probablemente contemporáneas del enterramiento— que a raspadores o azagayas, que muy bien podrían proceder originalmente de las capas tardiglaciales del depósito.

Hemos clasificado la colección de piezas líticas retocadas de Los Canes con arreglo a dos sistemas tipológicos: el propuesto por Fortea (1973) para el Epipaleolítico Mediterráneo español y la tipología analítica de G. Laplace (1974), en la versión del coloquio de Marsella de 1972. Puede resultar llamativo el uso de más de una lista tipológica. No se trata de una mera filigrana metodológica. Cada una de ellas se basa en criterios distintos y, por tanto, proporciona información de un género diferente. Por otra parte, el estudio de la colección de Los Canes no se ha planificado como



algo aislado, sino que está pensado para poder compararla con otras coetáneas de la región cantábrica, por lo que interesaba ampliar la base de la comparación, muy restringida si sólo clasificábamos las industrias con un tipo de criterio.

La tipología de Fortea, aunque concebida para las industrias epipaleolíticas mediterráneas, resulta muy apropiada para la clasificación del utillaje retocado del Epipaleolítico, el Neolítico y el Calcolítico de amplias áreas de la Península. Por ello, su uso se ha extendido notablemente en los últimos años. Se trata de un sistema muy útil para ordenar el material retocado en grupos tipológicos, establecidos en base a criterios diversos, pero bastante significativos de algunos aspectos técnicos y estilísticos. Ofrece también una clasificación muy detallada de las hojitas de dorso y de los microlitos geométricos, al tiempo que aísla tipos importantes, como las piezas con retoque invasor.

El sistema tipológico analítico de G. Laplace tiene la ventaja de estar apoyado en unos criterios racionales y jerarquizados que reducen al mínimo el papel de la subjetividad del analista en la clasificación de materiales que no se ajustan con precisión a los tipos definidos, problema muy grave en tipologías concebidas de otra forma. La contrapartida de esta indudable ventaja es que esta técnica de clasificación no proporciona apenas información acerca de cuestiones estilísticas y morfológicas relevantes y que con ella se diluye la identidad de útiles de gran interés como los microlitos geométricos (y muy particularmente los fabricados con retoque en doble bisel).

La clasificación de las piezas líticas retocadas de la estructura II según la lista de Fortea es (3):

TIPO	Nº	TIPO	Nº	TIPO	Nº
R1	23	LBA1	4	FR1	5
R2	4	LBA2	2		
R3	1	LBA3	1	G1	3
R4	1	LBA5	1	G5	4
R6	2	LBA6	6	G8	3
R7	3			G9	2
R8	4	C1	1	G11	1
R11	1			G12	1
		1ba1	10	G17	4
P1	2	1ba2	5		
		1ba7	3	M3	3
B1	3	1ba9	4		
B2	3	1ba10	3	D2	7
B3	2	1ba11	69	D3	2
B6a	1			D4	1
B6e	1	MD1	8	D8	4
B9	2	MD2	14		
		MD3	4		
		MD4	2	TOTAL	230

En su mayoría están talladas en sílex de variedades de poca calidad localizables cerca del

(3) Algunos de los buriles múltiples estudiados en esta colección eran inclasificables siguiendo estrictamente las definiciones de Fortea, al incluir tipos en truncadura y simples, no existiendo en la lista propuesta más posibilidad que el buril múltiple en truncadura (B6e) y el buril múltiple simple (B5). Por ello, ante el carácter abierto de esta tipología, hemos optado por añadir un tipo al grupo de los buriles: B9 (buril múltiple compuesto).



yacimiento (Arias, 1987). Los índices por grupos tipológicos son los siguientes, aunque, insistimos, no se les debe conceder demasiado valor:

	R	P	B	LBA	C	lba	MD	FR	G	M	D
CANES (230)	17,0	0,9	5,2	6,1	0,4	40,9	12,2	2,2	7,8	1,3	6,1

Dentro del conjunto, lo más relevante desde el punto de vista tipológico y de adscripción cronoestratigráfica son los microlitos geométricos, los microburiles y una pieza con muescas enfrentadas muy particular.

Hasta ahora se han recogido en la cueva de Los Canes veinte microlitos geométricos (Fig. 5), de los que dieciocho proceden de la estructura II y los otros dos de las estructuras anteriores a la I. Los microlitos de la estructura II se caracterizan por su pequeño tamaño (alguno no supera el

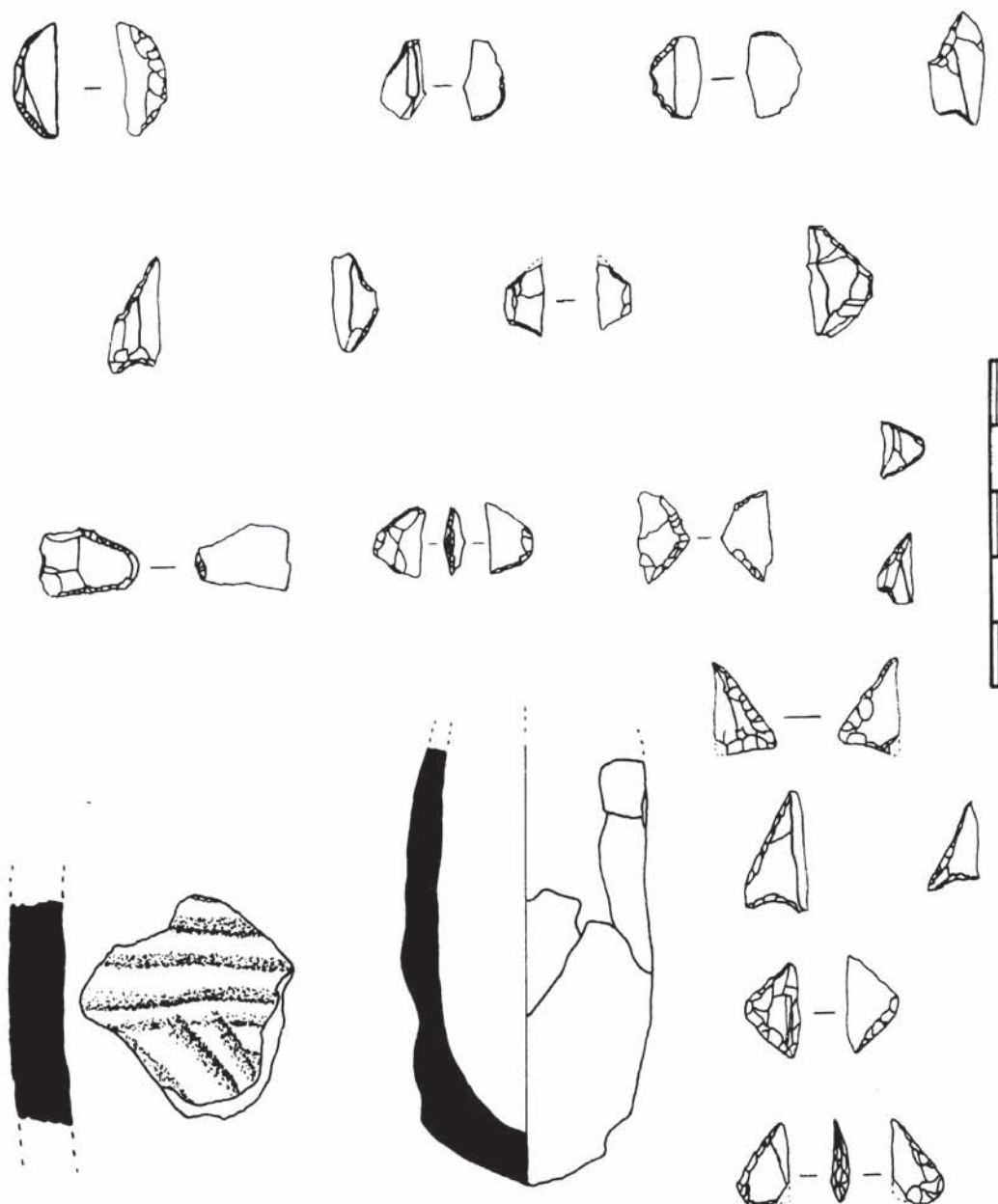


FIG. 5.— Microlitos geométricos y cerámicas de la cueva de Los Canes.

centímetro de longitud) y por su gran variedad tipológica y técnica, que los reparte en siete tipos distintos de la lista de Fortea. Doce de ellos están tallados exclusivamente con retoque abrupto, cuatro con retoque en doble bisel y las dos piezas restantes (un triángulo de cuarzo y un trapecio roto) presentan retoque abrupto en un lado y en doble bisel en el otro. Tres son segmentos de círculo, siete trapecios y los otros ocho triángulos. El retoque en doble bisel se utiliza únicamente en los segmentos (uno) y los triángulos (tres solo y uno combinado con abrupto). En los trapecios dicho retoque aparece únicamente en una pieza dudosa e incompleta. Tanto en trapecios como en triángulos son abundantes las piezas con lados cóncavos. Otro dato interesante es la escasa calidad de las materias primas en que está fabricada parte de estas piezas. Ocho están realizadas en sílex negro procedente de las calizas de montaña namurienses, dos en sílex de radiolarios de las calizas de la base del carbonífero local (en ambos casos se trata de tipos de sílex muy poco apropiados para la talla) y tres en cuarzo.

Las tres piezas de sílex (una de ellas de radiolarios) incluidas en el grupo de los microburiles se clasifican en el tipo M3 (microburil de Krukowski). Dicho tipo podría corresponder a accidentes de talla en la fabricación de hojitas de dorso (Bordes, 1957), por lo que su aparición no implica necesariamente un uso deliberado de la técnica de microburil. Señalemos, no obstante, que en la campaña de 1989 se recogió un verdadero microburil (tipo M1 de Fortea) en la estructura IV.

Por último, hemos de citar una pieza, recogida en el nivel C, con buenos paralelos formales en el Cantábrico oriental. Es una hoja con dos muescas muy profundas opuestas, indistinguible morfológicamente de un interesante conjunto de hojas estranguladas que hemos tenido la ocasión de estudiar en el nivel IV de la cueva vizcaína de Santimamiñe (Arias, 1990).

Veamos una clasificación del mismo conjunto de acuerdo con la versión del Coloquio de Marsella de la tipología analítica:

TIPO	Nº	TIPO	Nº	TIPO	Nº
R11	12	A1	3	BPD21	1
R12	1	A2	4		
R13	1			PDT21	2
R21	3	T11	3	PDT31	1
R22	1	T12	2	PDT32	1
		T22	2		
P21	3			LDT11	6
P22	1	Bc2	2		
				BT1	3
G11	33	PD11	2	BT22	1
G12	4	PD2	2	BT32	3
G13	1	PD21	1		
G22	2	PD22	1	B11	4
G311	2	PD23	7	B12	1
		PD24	1	B21	1
D11	4	PD31	1	B22	2
D12	1			B31	1
D13	8	LD11	9	B32	4
D21	21	LD21	79	B411	1
D23	15			B431	3
				TOTAL	267



Por su parte, los índices de los índices de los órdenes modales son:

	S	SE	A	B
CANES II (267)	41,6	0,7	51,3	6,4

Según se puede ver, esta colección destaca por el dominio de los abruptos, seguidos de cerca de los simples. Ni los planos ni los esquirlados están representados. El índice de los sobreelevados no es más que testimonial.

Por lo que se refiere a otros tipos de útiles líticos, hemos de mencionar un percutor doble en un canto de cuarcita.

La industria ósea es muy escasa. No obstante, se han localizado dos piezas de gran interés tipológico: un bastón perforado en asta de ciervo y un punzón fabricado en un hueso largo de ungulado.

El bastón (Fig. 6 y Lám. II) es un ejemplar de  $137 \times 19 \times 20$  mm. con una perforación oval de  $17 \times 10$  mm. en el centro, en dirección vertical. Está entero, aunque roto en dos mitades por la zona de la perforación. La superficie está muy erosionada.

Por su parte, el punzón (Fig. 6) es una pieza de  $181 \times 11 \times 9$  mm., de sección circular, cuidadosamente aguzada en un lado. Conserva en el extremo proximal el canal del hueso en el que está fabricada. Apareció completa, pero rota en cuatro fragmentos.

Además de éstas se recogieron otras tres piezas óseas trabajadas en el relleno de la tumba, todas ellas en la parte superior. Por ello no se puede garantizar su contemporaneidad con el enterramiento. Se trata de un fragmento de hueso aguzado y dos fragmentos distales de puntas de asta, una de ellas con una perforación central que sugiere que fue transformada en colgante.

Las excavaciones de la cueva de Los Canes proporcionaron hasta el final de la campaña de 1988 92 fragmentos de cerámica (Fig. 5), correspondientes a unas nueve especies. Todas ellas proceden del relleno de la estructura II o del nivel E (anterior a dicha estructura). Se caracterizan por la tosquedad de las pastas, las formas simples (bordes rectos, en algún caso cuello, fondos curvos o planos) y la ausencia de enlucidos exteriores. Por lo general son lisas, presentando los únicos fragmentos decorados series de acanaladuras paralelas horizontales, verticales u oblicuas cortándose en algunos puntos. La única forma reconstruible en su mayor parte es un frasco o pequeña botella. Se trata de una vasija cilíndrica con fondo redondeado y, posiblemente, cuello muy marcado, de unos 30-35 mm. de diámetro y al menos 80 mm. de altura, fabricada en arcilla con numerosos fragmentitos de carbón, de conchas (*Patella* y *Cepaea*) y aun de sílex.

Para terminar, hemos de mencionar la nutrida colección de colgantes que ha proporcionado esta tumba, gran parte de ellos asociados al esqueleto principal. La mayoría son conchas marinas perforadas. En el área inmediata al cráneo se localizaron numerosas conchas perforadas de *Trivia europaea*, una de *Littorina obtusata* y otra de *Cyprina islandica*. En otras zonas del relleno se recuperaron más ejemplares perforados de *Trivia europaea* e incluso uno de *Monodonta lineata* y un fragmento perforado de *Patella* sp. Como señalábamos en el apartado anterior, junto al pie derecho del esqueleto se encontró un canino de cierva perforado.

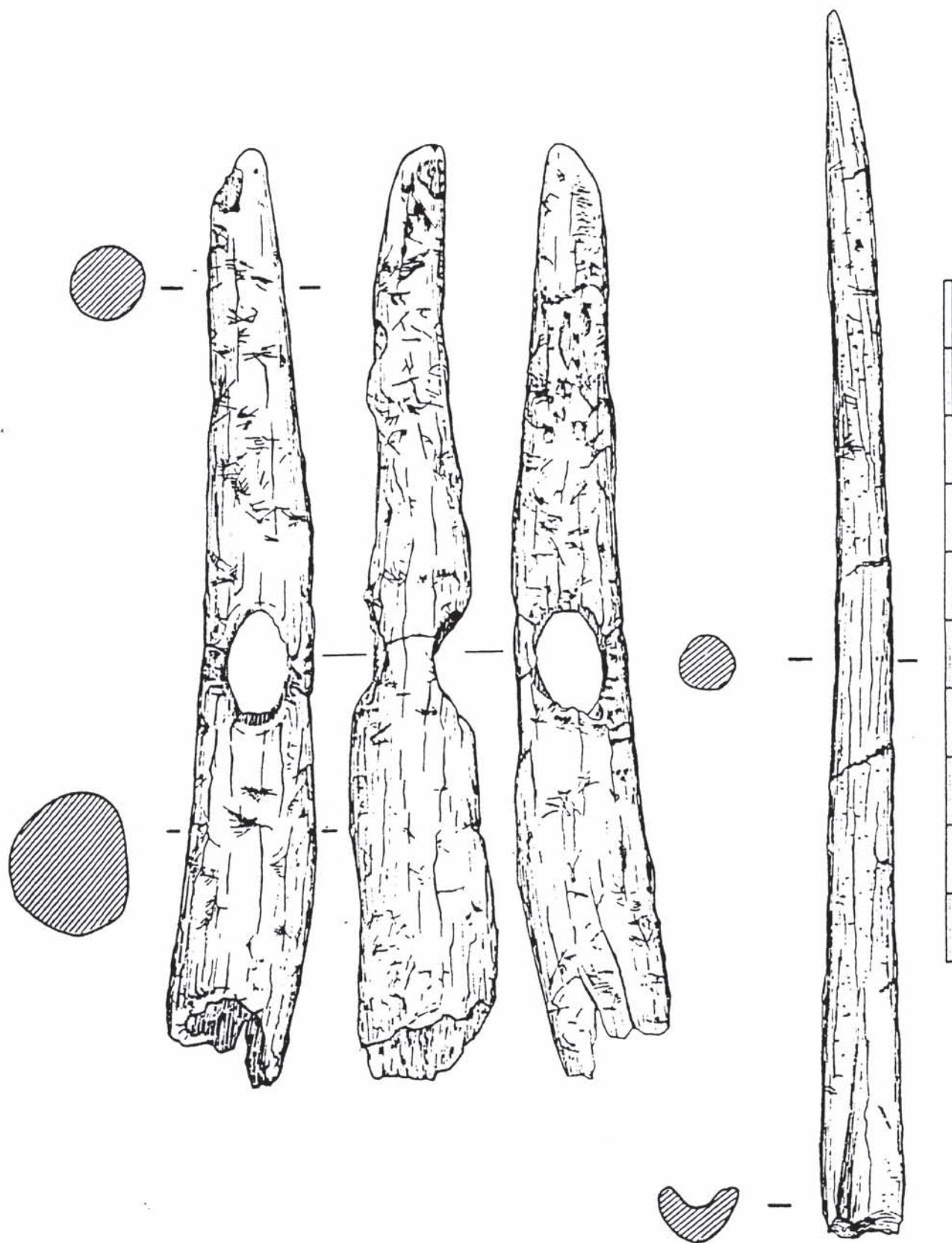


FIG. 6.— Bastón perforado y punzón de hueso de la estructura II de la cueva de Los Canes.

T. P., 1990, nº 47



### 3. VALORACION DE LAS EVIDENCIAS

Desde la perspectiva que nos interesa en este artículo, lo más relevante de lo que acabamos de describir es la aportación de estas tumbas al estudio de la transición del Epipaleolítico al Neolítico de la región.

Parece clara la adscripción de la sepultura de la estructura II a una fase antigua del Neolítico regional. Según hemos tratado de justificar más detalladamente en otro lugar (Arias, 1990), para esta afirmación nos apoyamos en determinados rasgos del material hallado en ella (fundamentalmente la aparición de microlitos geométricos con retoque en doble bisel), su paralelismo con la tumba individual del nivel I de Marizulo (Laborde *et al.*, 1967), datada por el  $^{14}\text{C}$  en  $5285 \pm 65$  años B.P. (GrN - 5992 = 4333 - 3980 cal B.C. [2 sigma] según Pearson *et al.*, 1986) y su situación en la secuencia general de la región (Arias, 1990 y 1991).

Dicha fase, en la que se incluirían, además de Los Canes y Marizulo, el nivel III de Santimamiñe, Kobaederra, el nivel I del Tarrerón, el nivel B de Atxeta, los concheros con cerámica de la costa de Llanes y Ridadedevea y el yacimiento de Mouligna, se podría fechar, a partir de alguna datación radiocarbónica y de la cronología de algunos de sus elementos arqueológicos, en torno a 4300-3900 cal B.C. (3500-3300 B.C.). Algo más antiguo parece el Neolítico de cerámicas impresas no cardiales del estrato IC2 de Arenaza (Apellániz y Altuna, 1975), pero el carácter aislado de los datos ofrecidos por este interesante yacimiento impide generalizar a todo el Cantábrico tal horizonte, no documentado, de todas formas, en el sector occidental de la región.

La estructura I es imposible de datar por el momento. Los restos arqueológicos localizados junto al esqueleto humano no permiten aventurar su cronología. Señalemos, de todas formas, que el empleo de un mismo espacio funerario y las evidentes analogías entre ambos enterramientos nos hacen suponer que no está excesivamente alejado en el tiempo de la estructura II. Esto no quiere decir necesariamente que la estructura I sea neolítica, pues en su contenido no se ha hallado ninguno de los indicios de neolitización admitidos generalmente (restos de especies domésticas, cerámica), por lo que no se puede descartar su adscripción al Epipaleolítico final. No obstante, la pobreza del conjunto rescatado relativiza el valor de cualquier datación basada en consideraciones arqueológicas. Por tanto, la estructura I de Los Canes debe ser encuadrada provisionalmente en el Epipaleolítico final o el Neolítico inicial de la región, es decir, en torno a mediados del V milenio a. C., en cronología calibrada.

Habrà que esperar, por consiguiente, a que el radiocarbono (4) o la excavación de las estructuras anteriores a la I resuelvan la clasificación de esta tumba para valorar la relevancia de la analogía entre las dos sepulturas excavadas hasta ahora en Los Canes. No obstante, la propia estructura II nos ofrece indicios bastante sólidos de que el Neolítico inicial representado en ella hunde parte de sus raíces en el Epipaleolítico avanzado del oriente de Asturias. Si estudiamos atentamente las características de esta sepultura, resulta evidente que, tanto en la concepción del enterramiento como en la de los ajuares, Los Canes II podría estar emparentada con la tradición funeraria del Epipaleolítico de la región, representada por la tumba aziliense de Los Azules (Fernández-Tresguerres, 1976) y la asturiense del Molino de Gasparín (Carballo, 1926). Se trata de fosas abiertas en cuevas o abrigos, en cuyo fondo se deposita un único individuo. Están tapadas por un túmulo con capas más o menos ordenadas de piedras y tierra. En ocasiones existe un cerco de piedras en torno a la fosa. Los ajuares incluyen restos de fauna (con fuerte presencia de moluscos marinos —aun en los yacimientos alejados de la costa, como Los Azules y Los Canes— y terrestres), utillaje como el que aparece en los yacimientos de habitación coetáneos, elementos de adorno o ritual (colgantes, cantos pintados) y restos de ocre.

Más evidente aún es el significado de uno de los elementos más conspicuos del ajuar de la

(4) Se están procesando por acelerador de partículas pequeñas muestras de huesos de los tres individuos de las estructuras I y II en el Laboratorio de la National Science Foundation en la Universidad de Arizona. De esta manera esperamos obtener dataciones fiables conservando casi completos los restos humanos para su eventual reanálisis y para su exposición museística.



estructura II de Los Canes: el bastón perforado. Tipológicamente es indudable su paralelismo con los de los niveles asturienses de las cuevas de Fonfría y Tres Calabres (Llanes, Asturias) (Vega del Sella, 1923). Se trata de un tipo de bastón perforado muy particular, claramente distinguible de los del Paleolítico Superior. Su aparición se documenta hasta ahora (Fig. 7) en esos yacimientos asturienses y en un par de contextos del País Vasco, uno mal conocido y el otro aún no publicado: respectivamente la cueva de Logalan y el asentamiento al aire libre de Herriko Barra. Parece probable que se haya localizado otro en el nivel IV (Epipaleolítico geométrico) de la cueva de Santimamiñe.

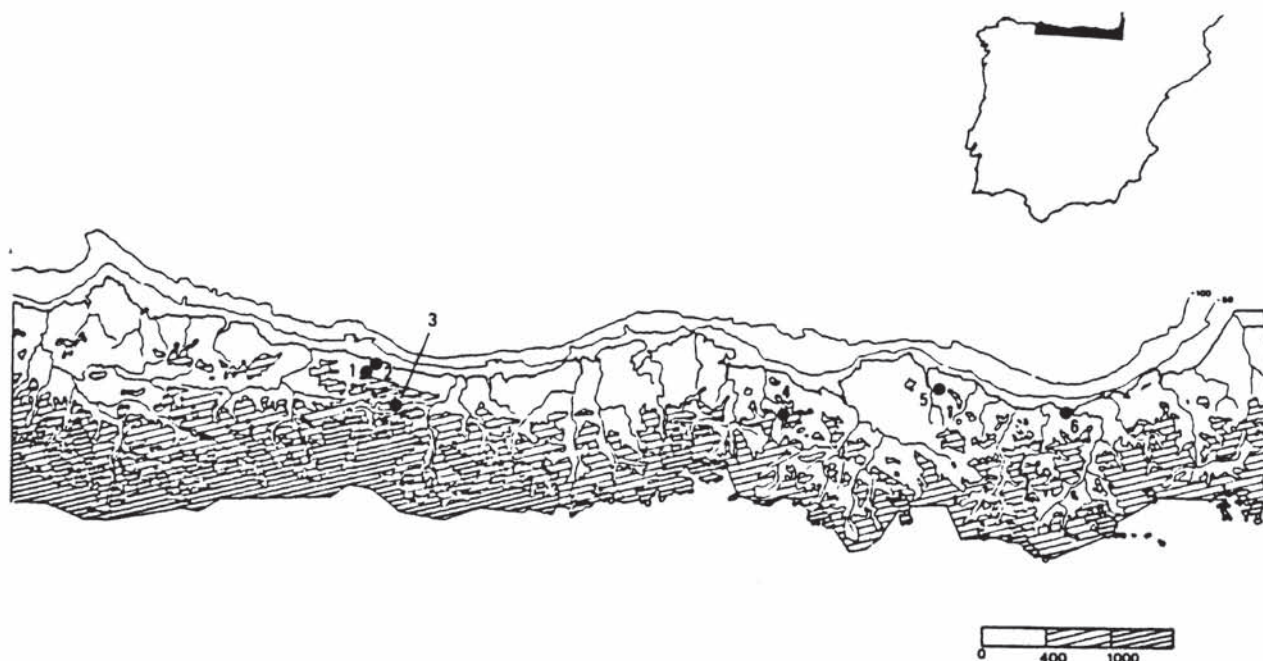


FIG. 7.— Distribución geográfica de los bastones perforados del tipo del hallado en la estructura II de la cueva de Los Canes. Clave 1: Trescalabres, 2: Fonfría, 3: Los Canes, 4: Logalan. 5: Santimamiñe. 6: Herriko Barra.

El bastón de Logalan (Trucíos, Vizcaya) fue descubierto en 1975 por espeleólogos que realizaron una cata «fuera del portal y al exterior» de la cueva. La pieza que nos interesa se encontró, no obstante, dentro ella, al cavar para facilitar el paso por una gatera (Alvarez, 1977). Al parecer, el bastón «estaba con unas lapas. A 2,5 m. de distancia apareció, en una cata superficial, un fragmento de cerámica lisa, así como tres lascas de sílex y restos de cremación de huesos y varios dientes de cérvidos y una tibia humana» (Nolte, 1977). Es una pieza de 122 mm. de largo, con perforación oval lateral.

Herriko Barra es un yacimiento al aire libre situado en la villa guipuzcoana de Zarauz, junto a la costa actual. Fue objeto de una excavación de urgencia a cargo de J. A. Mujika en febrero de 1988. El yacimiento consta de «un único nivel de unos 20 cm. de espesor, compuesto por tierra arenosa negruzca, rica en materia orgánica, macrorrestos vegetales y animales y útiles prehistóricos» (Armendáriz, 1988). Entre estos últimos destacan una veintena de microlitos geométricos de sílex con retoque en doble bisel, algunos raspadores y un bastón que, según nos ha comunicado amablemente A. Armendáriz, es similar a los de Fonfría y Tres Calabres. Como apunta este investigador, la industria parece del Neolítico inicial, aunque «la completa ausencia de cerámica y domesticación sugieren una más probable atribución al Mesolítico final» (Armendáriz, 1988).



Por lo que se refiere a Santimamiñe, debemos recordar la alusión de Aranzadi, Barandiarán y Eguren (1931) a una «horquilla de tipo asturiense» en el conchero. Las fotografías publicadas en la memoria de excavación muestran un fragmento de asta con una gran perforación oval, asimilable a los bastones de Fonfría y Tres Calabres, tal como parecen sugerir los excavadores al referirse al Asturiense. En la actualidad la pieza está en paradero desconocido.

A la vista de los paralelos que acabamos de revisar, se comprueba la adscripción de este tipo de bastones, en los casos en que hay datos suficientes (Fonfría, Tres Calabres, y Santimamiñe), al Epipaleolítico avanzado de la región cantábrica. Su aparición en la tumba de la cueva de Los Canes constituye un dato de inestimable valor para documentar la existencia de vínculos entre el Epipaleolítico avanzado local y el primer Neolítico de la región. Destaquemos el hecho de que la pieza de tipología epipaleolítica no ha aparecido abandonada de cualquier manera, sino depositada en un lugar relevante de una estructura de indudable valor simbólico. A este respecto podría convenir recordar un caso similar de la misma comarca, aunque aún más notable por su mayor alejamiento temporal del Epipaleolítico: la aparición de picos asturienses en los sepulcros megalíticos calcolíticos de la Sierra Plana de La Borbolla (Llanes), de los que al menos uno apareció en una estructura central intacta (Fernández Menéndez, 1927: 315. Véase también Arias, en prensa y Arias y Pérez, en prensa-d).

#### 4. EL CONTEXTO. LA NEOLITIZACION CANTABRICA

Los indicios de vinculación del Neolítico de este yacimiento cabraliego con el Epipaleolítico de la costa del E. de Asturias no son hechos aislados. Como uno de nosotros ha tratado de mostrar en su tesis doctoral (Arias, 1990), el Neolítico inicial de la región cantábrica se presenta como un conjunto de facies industriales estrechamente relacionadas con los complejos del final del Epipaleolítico que las preceden (Asturiense en el Cantábrico occidental, Epipaleolítico geométrico tipo Santimamiñe IV o Epipaleolítico tipo Atxeta C en el Cantábrico oriental).

La comparación de los restos de talla de las colecciones líticas del Epipaleolítico y el Neolítico de la región permite detectar una gran similitud en las técnicas de talla y las tendencias en los patrones de uso de las materias primas. Más llamativo es el hecho de que, clasificando las piezas retocadas con arreglo a las tipologías de Fortea y Laplace, las estructuras industriales de ambos conjuntos resulten prácticamente idénticas. De hecho, en la mayoría de los yacimientos con estratos de ambos periodos, la aplicación de la prueba del  $\chi^2$  a las industrias líticas, clasificadas tanto según Fortea como según Laplace, confirmó con holgura la hipótesis nula, es decir, que las diferencias no eran significativas estadísticamente (Arias, 1990). El paralelismo entre las industrias epipaleolíticas y neolíticas no se agota en la distribución de grupos tipológicos o de órdenes modales, sino que diversos tipos líticos relevantes, como los picos asturienses o unas piezas muy particulares con retoque inverso profundo, aparece en ambos periodos. Por último, hemos de destacar que las industrias óseas epipaleolíticas y neolíticas son idénticas, tanto en el área occidental como en la oriental de la región. Todo ello parece demostrar de forma indudable la existencia de fuertes vínculos entre el Epipaleolítico y el Neolítico inicial de la región.

El análisis de estructuras funerarias como la tumba II de Los Canes y la sepultura individual de Marizulo (con bastantes puntos de contacto con la tradición epipaleolítica regional) y la constatación de que el arte mobiliario del Epipaleolítico postaziliense cantábrico (canto pintado con colorante rojo del Asturiense de Mazaculos) es idéntico al del Neolítico (placas y cantos pintados de los niveles con cerámica de Mazaculos, estrato III de Santimamiñe y nivel neolítico de Lumentxa) parecen confirmar de forma bastante fiable las conclusiones obtenidas a partir del análisis del utillaje lítico y óseo.

No todo son parecidos, desde luego. Entre el Epipaleolítico y el Neolítico cantábricos existen algunas diferencias significativas desde el punto de vista tecnológico y tipológico, aunque hemos de



poner de relieve que su presencia en las colecciones es porcentualmente poco relevante. Nos referimos básicamente a ciertas novedades (algunas de las cuales se documentan, entre otros lugares, en la tumba II de Los Canes) como los microlitos geométricos con retoque en doble bisel, las hachas pulimentadas y la cerámica. Hemos de destacar el hecho de que no existen indicios de que dichas novedades hayan sido inventadas en la región, al tiempo que diversos paralelismos con el Neolítico de la parte alta y media del valle del Ebro permiten postular la llegada al Cantábrico de la mayor parte de ellas desde esa zona.

La información arqueológica resumida en los párrafos precedentes nos ha permitido caracterizar la neolitización de la región cantábrica como un conjunto de procesos simultáneos, similares e interrelacionados de aculturación de las poblaciones indígenas de cazadores y recolectores, vinculados a contactos con grupos ya neolitizados del Alto Ebro (Arias, 1990 y 1991).

## 5. CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

La neolitización del Cantábrico es un problema abierto. De hecho, su estudio para el conjunto de la región no se había abordado hasta los últimos años. Por ello, son muchos los puntos oscuros, pocas las excavaciones modernas, demasiadas las comarcas para las que se cuenta con poca o ninguna información fiable. En consecuencia, el esquema que resumimos en el apartado anterior no puede pretender —ni pretende ser— más que un punto de partida, inseguro y revisable, para, por medio de su crítica, seguir avanzando en el conocimiento de uno de los problemas más relevantes de la Historia regional.

En este contexto, datos como los aportados por un depósito tan rico y tan bien conservado como Los Canes son de una importancia primordial. Todavía es un poco pronto para efectuar una valoración definitiva de este yacimiento. Es preciso esperar a la excavación de las estructuras anteriores a la I, a que se terminen los análisis de diversos especialistas (5) y a que se reciban las primeras dataciones absolutas para contar con una base suficiente para ello. No obstante, creemos que no es una exageración caracterizar las sepulturas de Los Canes como una de los elementos básicos con que contamos actualmente para documentar la neolitización del sector occidental del Cantábrico.

Esperamos que el gran desarrollo que está experimentando en los últimos años la investigación arqueológica en España propicie nuevos trabajos acerca del Epipaleolítico y el Neolítico cantábricos. A nuestro entender, es un campo de trabajo que ofrece posibilidades. Es muy probable que la exploración de otras zonas de la región proporcione nuevos yacimientos. Por otra parte, en muchos de los ya conocidos se pueden atisbar amplias perspectivas para la investigación de campo o la revisión de los restos de excavaciones antiguas, sin olvidar las posibilidades que ofrece la reinterpretación de los datos ya publicados. Por nuestra parte, con este trabajo pretendemos despertar el interés por estas cuestiones y realizar una valoración provisional de algunos indicios que pueden contribuir a que, paulatinamente, se vaya resolviendo parte de los muchos problemas que plantea la reconstrucción de los procesos de cambio desde las últimas sociedades de cazadores y recolectores a las primeras comunidades del Cantábrico que incluían en su sistema económico la agricultura y la ganadería. Es éste el objetivo fundamental de las investigaciones arqueológicas que se están efectuando en la cueva de Los Canes.

Santander-Oviedo, noviembre de 1989.

(5) La Dra. M. D. Garralda, del Dpto. de Biología Animal de la Universidad Complutense de Madrid, está realizando el estudio antropológico, el Dr. P. Castaños, del Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco de Bilbao, estudia los mamíferos grandes y medianos, E. Pemán, de la Sociedad de Ciencias Aranzadi de San Sebastián, los micromamíferos, la Dra. E. Roselló, del Dpto. de Biología de la Universidad Autónoma de Madrid, los peces y M. Imaz, de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, los moluscos marinos; P. Uzquiano, del Laboratoire de Paléobotanique de la U.S.T.L. (Montpellier), se encarga del estudio antracológico. A todos ellos queremos expresarles nuestro agradecimiento por su colaboración en este programa de investigación.



## BIBLIOGRAFÍA

- ALVAREZ, A. (1977): «Informe sucinto sobre nuevos yacimientos prehistóricos en cuevas de la provincia de Vizcaya». *Kobie*, 7: 29-41.
- ANDRÉ, J. (1979): «Étude malacologique du gisement néolithique de l'abri Jean Cros» en GUILAINE, J. (dir.) *L'abri Jean Cros. Essai d'approche d'un groupe humain du Néolithique ancien dans son environnement*. Centre d'Anthropologie des Sociétés Rurales: 253-278. Toulouse.
- APELLÁNIZ CASTROVIEJO, J. M. y ALTUNA ECHAVE, J. (1975): «Memoria de la II campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)». *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria*, 4: 155-181.
- ARANZADI, T. DE; BARANDIARÁN, J. M. DE y EGUREN, E. DE (1931): *Exploraciones en la caverna de Santimamiñe. Segunda Memoria: 1918 a 1922. Los niveles con cerámica y el conchero*. Excma. Diputación de Vizcaya. Bilbao.
- ARIAS CABAL, P. (1987): «Utilisation différentielle des variétés de silex dans le Chalcolithique des Asturies orientales» *V Colloque International sur le silex. Résumés des communications*. Institut du Quaternaire. Bordeaux.
- (1990): *Los procesos de neolitización en la región cantábrica*. Edición en microficha. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria. Santander.
- (1991): «La transición de sistemas de caza y recolección a sociedades productoras de alimentos en la región cantábrica. Estado de la cuestión». *Actas del XX Congreso Nacional de Arqueología. Santander 1989*. Zaragoza (en prensa).
- en prensa: «Algunos indicios arqueológicos de perduraciones de elementos religiosos epipaleolíticos hasta el III milenio a. C. en el E. de Asturias». *Actas del I Coloquio Internacional sobre las religiones prehistóricas en la Península Ibérica*. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- ARIAS CABAL, P.; GIL ALVAREZ, G.; MARTÍNEZ VILLA, A. y PÉREZ SUÁREZ, C. (1981): «Nota sobre los grabados digitales de la cueva de Los Canes (Arangas, Cibrales)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 104: 937-956.
- ARIAS CABAL, P. y PÉREZ SUÁREZ, C. (1990): «Las excavaciones en la cueva de Los Canes y otros trabajos en la Depresión Prelitoral del Oriente de Asturias (1981-1986)». *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86*. Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias: 135-141. Oviedo.
- en prensa-a: «Excavaciones en la cueva sepulcral de Los Canes (Arangas, Cibrales). Memoria preliminar de la campaña de 1987». *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987*. Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias. Oviedo.
- en prensa-b: «Excavaciones en la cueva sepulcral de Los Canes (Arangas, Cibrales). La campaña de 1988». *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1988*. Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias. Oviedo.
- en prensa-c: «Excavaciones arqueológicas en la cueva sepulcral de Los Canes (Arangas, Cibrales). Campaña de 1989». *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1989*. Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias. Oviedo.
- en prensa-d: «El fenómeno megalítico en la Asturias oriental». *Gallaecia*.
- ARMENDÁRIZ, A. (1988): «Un campamento costero de cazadores mesolíticos». *Revista de Arqueología*, 90: 64.
- BARANDIARÁN MAESTU, I. (1983): «Los comienzos del Holoceno en la Prehistoria vasca. Algunas reflexiones». *Eusko Ikaskuntza. Cuadernos de sección. Antropología-Etnografía Prehistoria-Arqueología*, 1: 237-258.
- BARANDIARÁN, J. M. DE (1947): «A propos de «Helix Memoralis» dans les gisements préhistoriques». *Ikuska*, 3.
- BORDES, F. (1957): «La signification du microburin dans le Paléolithique Supérieur». *L'Anthropologie*, 61: 578-582.
- CARBALLO, J. (1926): *El esqueleto humano más antiguo de España*. Edición del autor. Santander.
- FERNÁNDEZ MENÉNDEZ, J. (1927): «La necrópolis dolménica de la Sierra Plana en Vidiago. Primera estación neolítica descubierta en Asturias». *Ibérica*, XXVII/678: 312-317.
- FERNÁNDEZ-TRESGUERRES VELASCO, J. A. (1976): «Enterramiento aziliense de la cueva de Los Azules I (Cangas de Onís, Oviedo)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 87: 273-288.
- FORTEA PÉREZ, J. (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Seminario de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Salamanca. Salamanca.
- GUILAINE, J. (1979): «Les couches à Helix dans les Pyrénées de l'Est» en GUILAINE J. (dir.) *L'abri Jean Cros. Essai d'approche d'un groupe humain du Néolithique ancien dans son environnement*. Centre d'Anthropologie des Sociétés Rurales: 281-282. Toulouse.

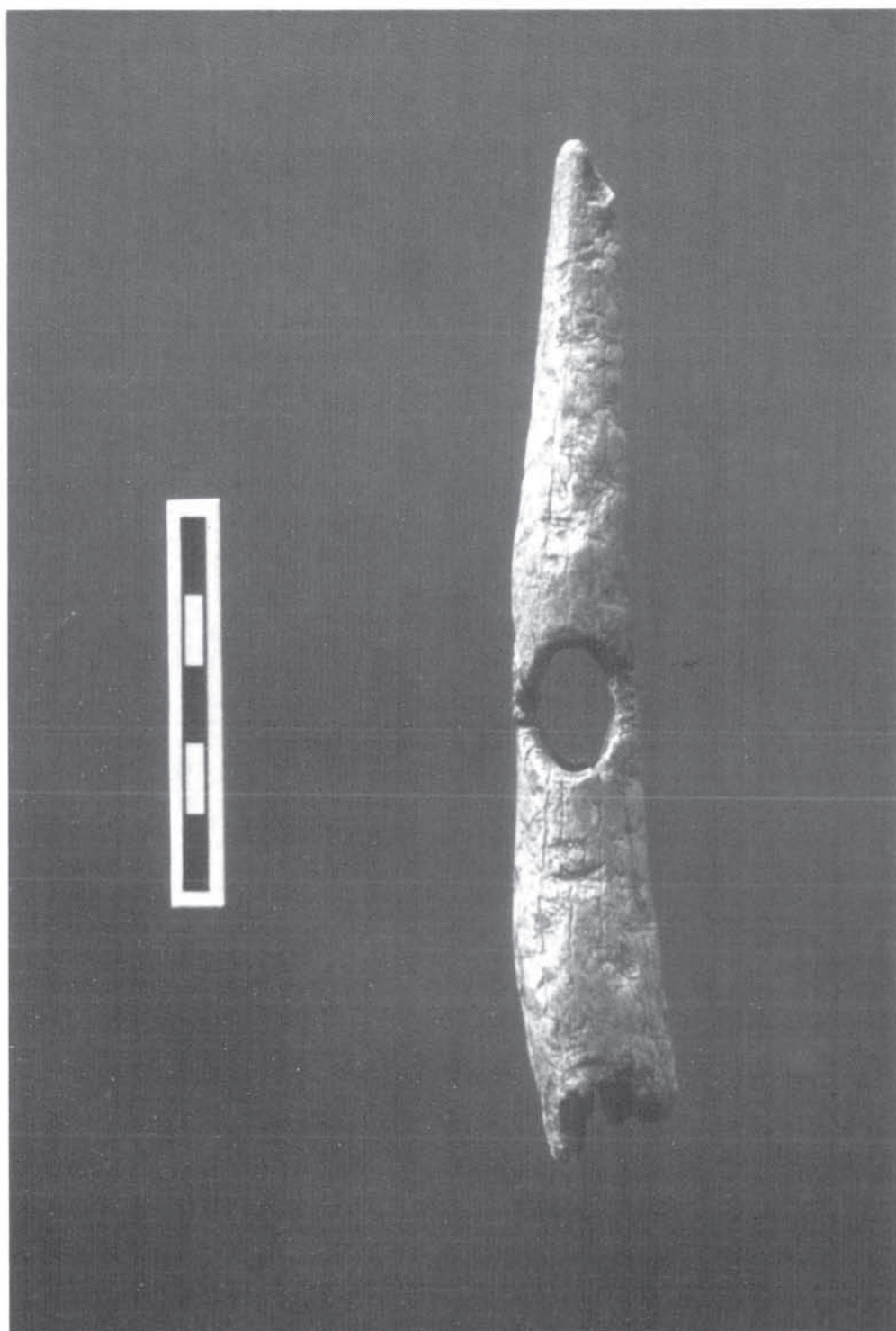
- LABORDE, M.; BARANDIARÁN, J. M. DE; ATAURI, T. DE y ALTUNA, J. (1967): «Excavaciones en Marizulo (Urnieta). (Campañas de 1965 y 1967)». *Munibe*, XIX: 261-270.
- LAPLACE, G. (1974): «La typologie analytique et structurale: Base rationnelle d'étude des industries lithiques et osseuses» en *Banques de données archéologiques*. C.N.R.S.: 91-142. París.
- NOLTE y ARAMBURU, E. (1977): «Miscelánea arqueológica». *Kobie*, 7: 9-27.
- PEARSON, G. W.; STUIVER, M. *et al* (1986): *Radiocarbon*, 28, 2B: 805-934 y 980-1.030.
- ROSELLÓ IZQUIERDO, E. (en prensa): «Análisis faunístico de los restos de peces recuperados en la cueva de Los Canes (Arangas, Asturias)». *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1988*. Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias. Oviedo.
- VEGA DEL SELLA, CONDE DE LA (1923): *El Asturiense. Nueva industria preneolítica*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Madrid.





*Fondo de la estructura I de la cueva de Los Canes.*

*T. P.*, 1990, nº 47



*Bastón perforado de la estructura II de la cueva de Los Canes.*

*T. P.*, 1990, nº 47